

USA, sociedad de clases medias

SALUSTIANO DEL CAMPO*

COMO señala Max Lerner en su espléndida obra *America as a Civilization*, Estados Unidos se concibió como una sociedad sin clases cuyo-credo comprendía la oposición a todos los privilegios, la religión de la igualdad, la apertura de vías de movilidad social y un sistema de recompensas basado en el mérito y en la capacidad. Estas ideas procedían en parte de la Europa revolucionaria y se forjaron, también en parte, por la propia experiencia histórica del país. Acaso convenga aclarar, sin embargo, que la sociedad sin clases del sueño americano tenía poco que ver con lo que Marx entendió por tal y, en consecuencia, que seguramente le cuadra mejor la adjetivación de sociedad abierta, en la que la movilidad es la regla y no la excepción, cuando menos en el plano de las ilusiones.

En comparación con lo sucedido en nuestro continente durante los últimos doscientos años, las clases medias norteamericanas han disfrutado de una situación bastante más ventajosa. Su espacio económico nunca estuvo limitado, las oleadas migratorias sucesivas construían sin cesar mercados nuevos y aportaban mano de obra fresca y la expansión continua hacia el Oeste transformaba a los campesinos en verdaderos conquistadores. De este modo, mientras que en Europa la clase media se batía en retirada ante la invasión de las grandes industrias y entraba en el siglo XX casi como un residuo, en Estados Unidos aparecía como una nueva creación, cuya característica fundamental era la independencia en el más amplio sentido del término. Es decir, en lo económico, en lo social, en lo político y en lo cultural.

EL CRECIMIENTO DE LAS CLASES MEDIAS

Actuando sobre la base de una distribución muy simple de los estratos ocupacionales, Daniel Chirot ha hallado que entre 1910 y 1982 la clase media de USA aumentó desde el 21 hasta el 54 por ciento, mientras que la clase trabajadora descendió levemente, desde el 48 hasta el 44 por ciento y el campesinado lo hizo drásticamente, desde el 31 hasta el 3 por ciento.

Estos datos son coherentes con los analizados mucho antes por Lewis Corey, que abarcan desde 1870 hasta 1940 y muestran que entre ambas fechas la clase trabajadora norteamericana se multiplicó por seis, mientras que la clase media lo hizo por ocho y la nueva clase media por dieciséis. De hecho, esto último es lo más destacado que ha sucedido en el siglo xx dentro de la estratificación social de Estados Unidos. Allí, como en todas las sociedades avanzadas, las nuevas clases medias asalariadas han acabado so-

* La Línea, 1931. Catedrático de Sociología de la Universidad Complutense y Secretario de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

brepasando el volumen y la importancia de las viejas clases medias patrimoniales y se han constituido en el principal baluarte de la estabilidad y en el motor del buen funcionamiento de los sistemas democráticos, como han advertido Lipset y otros autores.

La insuficiencia de la teoría marxista de la lucha de clases para explicar esta evolución ha provocado múltiples intentos partidistas de ajustar los datos de las economías capitalistas a otros esquemas de ese mismo origen. Entre ellos destacan los esfuerzos de Erik Olin Wright por analizar los cambios en la estructura de clases norteamericana utilizando datos censales. Su trabajo más reciente es muy significativo, no solamente por revelar que los trabajadores manuales pasaron en USA, entre 1960 y 1980, del 54,3 al 50,5 por ciento de la población activa y la suma de las categorías de gerentes y directores, supervisores, expertos, pequeños empresarios y pequeña burguesía se incrementó desde el 45,7 al 49,5 por ciento, sino sobre todo por reconocer explícitamente que la llamada teoría de la sociedad postindustrial explica mejor estos cambios que la teoría marxista de la proletarianización, llegando incluso a proponer la incorporación de los argumentos de aquélla a ésta.

Obviamente, la aparición de un amplio grupo de empleos no manuales asalariados se debe al trasvase de la población que antes trabajaba en la agricultura a la industria durante la Revolución Industrial y finalmente a los servicios. Es altamente probable que en torno al año 1960 Estados Unidos se convirtiera en la primera sociedad en la que más de la mitad de los que trabajaban lo hacían en los servicios. Estos, por su parte, se habían ido diversificando y especificando en respuesta a las demandas de una sociedad rica, en la que el ocio generalizado se revelaba como una posibilidad casi al alcance de la mano. De este modo, el viejo sector terciario de Colin Clark se subdividiría en tres con mayor sentido sociológico: uno de servicios domésticos y cuasi-domésticos, que es el más tradicional; otro de actividades administrativas, financieras y de comunicación y un tercero dedicado al desarrollo personal en sus aspectos más variados y que comprende desde los servicios educativos y sanitarios hasta la atención al tiempo libre y la satisfacción de las inquietudes espirituales.

Pero la sociedad de servicios o postindustrial se denomina también de la información, porque en ella la inmensa mayoría de los trabajadores se dedican a crear, procesar o distribuir información. Naisbitt ha puesto de relieve que del 17 por ciento de americanos que en 1950 trabajaba en actividades de información se pasó al 65 por ciento que lo hacía en 1982. Y, por otro lado, el aspecto más decisivo de esta transformación es que ahora el trabajo consiste sobre todo en interacción con los demás, mientras que en la sociedad preindustrial el hombre tenía que entenderse con la naturaleza y en la industrial con la naturaleza transformada. La nueva tecnología es en la actualidad la de los ordenadores y la electrónica, que alteran la disponibilidad de empleos y la manera misma de concebir el trabajo.

Desde luego la importancia numérica de las clases medias tiene que ver, aunque no exclusivamente, con su papel de modelo de

AUGE DEL SECTOR SERVICIOS

CAMBIOS EN LOS VALORES

comportamientos, generatriz de ideologías y guía de estilos de vida. Los análisis sociológicos clásicos han tendido siempre a destacar entre sus características la concentración en el éxito profesional por parte de sus sectores más elevados y la respetabilidad por los inferiores. Su aspiración por hacer carrera distingue a la clase media alta de la aristocracia y el ansia de responsabilidad separa a la clase media baja de la clase trabajadora, que simplemente desea vivir, según la conocida descripción de Kahl. Típicamente, este mismo autor reconoció que el sistema general de valores de la sociedad americana coincide en gran medida con el de su clase media alta.

**SOCIABILIDAD
INSTRUMENTAL**

Que la orientación vital del sector más elevado de la clase media de Estados Unidos sea su carrera profesional presupone varias cosas. Entre ellas y en lugar destacado, que la suya es una sociabilidad instrumental: *to go along, get along*. Además, como el talante americano valora el esfuerzo y las dotes personales y exige el juego limpio en la competencia, la igualdad de oportunidades se convierte en un requisito imprescindible. La idea de suerte es en esta cultura secundaria, porque en caso contrario la motivación se agostaría. «Todo depende de uno mismo», parece ser la máxima suprema del individualismo americano. Por otra parte, el éxito tiene su reflejo inmediato en la esfera económica y el ideal de la competencia se extiende hasta incluir el consumo. Tampoco en él hay que ser menos que nadie.

El sistema abierto de clases norteamericano organiza las oportunidades vitales otorgando las máximas posibilidades a las experiencias que contribuyen a su equilibrio y las mínimas a los grupos que pretenden imponerse por la presión de la fuerza. Por esto se ha convertido Estados Unidos en un duradero y valioso ejemplo de sociedad de clases medias, cuyo objetivo más encomiable es la integración de las sucesivas oleadas de inmigrantes y de todos los segmentos real o potencialmente marginados. El estilo de vida de las clases medias es el que allí predomina y da el tono al consumo y sus integrantes son quienes constituyen la audiencia masiva de los medios de comunicación.

**ELEVADO
GRADO DE
CONVIVENCIA**

Lo que sorprende a los observadores extranjeros, afirma Lerner, no es tanto la multiplicidad de los conflictos que se dan en USA, cuanto que en medio de tantas tensiones se haya conseguido semejante grado de convivencia. La principal virtud del país consiste en asimilar personas, grupos, valores e ideas, bajo el impulso de un sistema educativo que difunde los patrones culturales de las clases medias. Lo cual no excluye que se dé una considerable marginación —a menudo con un fuerte componente racial—, contra la que es preciso luchar. En los años sesenta, precisamente, se redescubrió la pobreza, que se había hecho «invisible», tanto por estar rodeada de opulencia como por ser muy diferente de la tradicional, que todavía existe en las sociedades en vías de desarrollo. Estos problemas, sin embargo, no se ocultan, sino que se airean y discuten, buscando soluciones a través de programas especiales.

El advenimiento de la época postindustrial, a su vez, ha traído consigo cambios importantes en los valores, que se correlacionan

con el nivel de riqueza alcanzado. Quiero decir que, como han descubierto las investigaciones de Inglehart, a partir de un determinado umbral de ingresos *por capita* el ímpetu por obtener la igualdad se debilita y los problemas dejan de ser primordialmente económicos para pasar a ser sociales. La motivación postmaterialista está centrada en la solidaridad y unos y otros, los más y los menos favorecidos por la fortuna, ceden algo en beneficio de todos. Se consiente el lucro capitalista, pero a condición de que se invierta en una parte sustancial para crear nuevos puestos de trabajo.

En el plano de la política se registra al mismo tiempo una traducción interesante de esta nueva moralidad. La polarización no se basa en la clase social sino en los valores y éstos llevan a la confusión de las que otrora fueron pautas electorales claras. La protección del medio ambiente, el movimiento de liberación de la mujer, el desarme unilateral y la oposición a la energía nuclear son temas nuevos, que dan al traste con la tradicional adhesión de la clase trabajadora a la izquierda y de las clases medias a la derecha. De hecho, existen en relación con ellos toda una agenda de la Nueva Izquierda y otra paralela de la Nueva Derecha en la que están inscritos respectivamente los siguientes asuntos: la liberalización del aborto, la liberación de la mujer, los derechos de los homosexuales, la protección del medio ambiente, la oposición al armamento nuclear, los derechos de la minorías y la exigencia de su mayor participación política, económica y social, en la primera y la defensa de la vida, el rechazo de los movimientos feministas, el creacionismo, la prohibición de la pornografía, el apoyo a los valores morales y religiosos tradicionales, el respaldo a una defensa armada fuerte, el patriotismo y la seguridad ciudadana, la limitación de entrada de los inmigrantes y el respeto a los símbolos y atributos de la autoridad, en la segunda. Y en relación con ellos se definen y pronuncian, incluso electoralmente, grupos e individuos cuyo alineamiento en el viejo marco político no ofrecía dudas.

Durante los últimos diez años aproximadamente han proliferado en Norteamérica artículos y libros dedicados a mostrar que la clase media se estaba reduciendo debido a sus menores ingresos y a la creciente desigualdad de las rentas familiares. Este argumento, además, corría paralelo al de la «descalificación» de los empleos que, a partir de la conocida obra de Braverman, ha acabado convirtiéndose en un tópico dentro de la literatura especializada, en la que por otra parte nunca ha cesado de comentarse la «proletarización» de las clases medias bajas.

Entre quienes sostienen que las clases medias se están «encontrando» figura Lester Thurow, que atribuye su causa a la nueva economía de servicios y a las importaciones. Sus estadísticas, sin embargo, han sido rebatidas poniendo de manifiesto que su definición en términos puramente económicos de la clase media conduciría a situar a un bombero de los Angeles en la clase alta y a un profesor universitario de inglés de Corvallis, Oregón, en la clase baja. Además, si bien es cierto que puestos de trabajo muy bien pagados de la siderurgia están pasando de Estados Unidos a Corea

UNA NUEVA MORALIDAD

¿DECLIVE DE LA CLASE MEDIA?

DESEQUILIBRIOS DE LA RENTA

y a otros países extranjeros, no lo es menos que se están yendo también otros muy baratos del sector textil.

Determinados análisis estadísticos, como antes señalé, han revelado, o creído hacerlo, que la distribución de la renta de los americanos se ha desequilibrado y entre ellos se incluye uno patrocinado en 1985 por el Servicio de Estudios del Congreso, titulado *Children in Poverty*. De acuerdo con él, el 20 por ciento de las familias más pobres, que en 1968 recibían el 7,4 por ciento de la totalidad de los ingresos familiares, vio reducida esta proporción al 4,8 por ciento en 1983, mientras que durante el mismo período el 20 por ciento más rico aumentó su participación desde el 33,8 al 38,1 por ciento. Y en esta misma vena discurren otros autores, como el economista Frank Levy de la Universidad de Maryland y Katherine L. Bradbury deF Federal Reserve Bank de Boston, por citar solamente dos.

Otras investigaciones no menos autorizadas, sin embargo, han puesto en cuestión tales conclusiones. La mayoría se han centrado en algunos puntos concretos, pero recientemente ha aparecido un magnífico estudio de Mckinley Blackburn y David E. Bloom cuya amplia cobertura nos ahorra su revisión particularizada. Estos autores, que son economistas, desmenuzaron lo publicado entre 1968 y 1986 y analizaron los datos de las Encuestas Continuas de Población (CPS), encontrando escaso apoyo empírico para la tesis de que la desigualdad en las ganancias individuales se ha incrementado desde los últimos años sesenta y menos aún para la de que ello es consecuencia de los cambios tecnológicos en la demanda de trabajo. Como contraste descubrieron que, desde la primera fecha, había crecido la desigualdad en los ingresos totales medidos a través de las familias.

INCIDENCIA EN LAS FAMILIAS

Ahora bien, este último hallazgo tiene mucho más que ver con las modificaciones que se están produciendo en la composición —y descomposición— de las familias americanas que con ningún otro factor. La mayor frecuencia de los divorcios y el consiguiente mayor número de hogares con un solo adulto a su frente, así como el aumento de los hogares unipersonales, por un lado y de las familias en que ambos cónyuges ejercen actividades profesionales, por otro, han alterado el plácido cuadro de hogares formados por un núcleo de padres e hijos sobre el cual se construyó la Sociología de la Familia posterior a la segunda guerra mundial.

Metodológicamente, además, los autores mencionados explican la variedad de las conclusiones obtenidas al estudiar los datos disponibles invocando algunas dimensiones importantes que a menudo se olvidan: el tiempo de referencia, la definición de las unidades familiares, la población que recibe los ingresos, la forma de medir éstos y las ganancias, su naturaleza, los índices de desigualdad que se utilizan, la agregación o desagregación de los datos, la ponderación de las muestras, la codificación de los niveles de ingresos y la edad de los informantes, entre otras.

CONCLUSIÓN

Según los estudios más solventes, las clases medias norteamericanas no están en trance de disolución. En ningún caso llevan

trazas de cumplirse los sombríos augurios formulados por el marxista Dale L. Johnson en 1982, acerca de que los años ochenta transcurrirían acompañados de agudas diferencias económicas, una degeneración social acelerada y abundantes perturbaciones políticas. A punto casi de terminarse la década se registra, por el contrario, que el desempleo ha descendido en Estados Unidos a un 5,5 por ciento, que es la mitad de lo que era hace seis años y poco más o menos —dicho sea de paso— la cuarta parte de lo que es en España y que la situación social y política sigue siendo sensiblemente igual.

El examen a fondo de las condiciones de vida de la generación de los *baby boomers*, a la que algunos han supuesto muy amenazada por la crítica económica, ha puesto de relieve que no van a perder su condición de clase media y que sus opiniones sobre la vida americana no difieren significativamente de las de la generación precedente. El mínimo de confianza general se dio en 1979-1980, según las encuestas de opinión pública, mientras en 1986 Gallup descubrió que el 70 por ciento de la población era optimista en relación con el futuro de los Estados Unidos. De esta manera y una vez más, los votantes se enfrentan en este año 1988 con una nueva elección presidencial, en la que uno de los temas fundamentales es el de cómo atender mejor a las necesidades y aspiraciones de la clase media, que es sin lugar a dudas la espina dorsal del país.

Referencia bibliográfica

Agradezco a la bibliotecaria del Centro Washington Irving, Sra Veerle Minner, su valiosa ayuda en la recopilación de material para este trabajo. Para redactarlo me he valido de los siguientes libros y artículos:

Max Lerner: *America as a civilization*, Jonathan Cape, Londres, 1958; Robert Marjolin: «Les classes moyennes aux Etats-Unis», en R. Aron, M. Halbwach *et al*: *Inventaires III. Classes. Moyennes*, Librairie Félix Alean, París 1939; Daniel Chirot: *Social Change in the modern era*, Harcourt Brace Jovanovich, San Diego, 1986; Lewis Corey: «The Middle Class», en Reinhard Bendix y Seymour M. Lipset (eds.) *Class, status and power*, The Free Press, Glencoe, 1953; Seymour M. Lipset: «The Expansión of democracy», *Vital Speeches of the day*, Oct. 1, 1987; Erik Olin Wright y Bill Martin: «The transformation of the American Class Structure, 1960-1980», *American Journal of Sociology*, volumen 93, núm. 1, julio 1987; Nelson N. Foote y Paul K. Hatt: «Social mobility and economic advancement», *American Economic Review* 43, Mayo 1953; John Naisbitt: *Megatrends*, Warner Books, Nueva York, 1982; Josep Kahl: *The American Class Structure*, Holt, Rinehart and Winston, New York, 1953; Ronald Inglehart: «Value Change in Industrial Societies», *American Political Science Review*, Vol. 81, núm. 4, Diciembre 1987; Scott C. Flanagan: «Value Change in Industrial Societies»; *American Political Science Review*, Vol. 81, núm.4, Diciembre 1987; Lester C. Thurow: *The Zero Sum Solution*, Simon and Schuster, Nueva York, 1985; Mckinley L. Blackburn y David L. Bloom: «Earnings and Income Inequality in the United States», *Population and Development Review*, Vol. 13, núm.4, Diciembre 1987; Dale L. Johnson: «The American Middle Class in Crisis», en Dale L. Johnson: *Class and Social Development*, Sage, Beverly Hills, 1982; Everet Carll Ladd: «Generation Myths», *Public Opinión*, Noviembre-Diciembre 1986.